

Prólogo.

Alicia en el país de la nada salvaje.

Por Ginés Sánchez.

Conocí a Alicia en una clase de narrativa. Ella era la alumna y yo el profesor. No me andaré con rodeos: venía de muy abajo. Sin embargo, tenía algo muy a su favor. Le explicabas el problema y ella te miraba desde debajo del pañuelo y asentía. Luego veías que lo había entendido. Luego veías que, además, era capaz de resolver las cosas. Pasó, también, otra cosa. Congeniamos, de alguna manera. Tal vez las personas que congenian no hagan otra cosa que reconocerse de vidas pasadas. Pero fue inmediato. Luego, conforme fuimos avanzando en la creación de este libro, nos hicimos, tal vez, amigos. Eso ella lo dirá.

Avanzando en el conocimiento de Alicia, comprendí yo también unas cuantas cosas. Por ejemplo, que si la vida fuera una sucesión de rings de boxeo no sería muy conveniente tenerla de rival. Porque ella es como es y pelear con ella supondría asumir un complicado equilibrio de responsabilidades. Porque Alicia es “derribable”, pero difícilmente “hundible”. Porque Alicia, hecha tambalear, se levanta impulsada por un resorte. Y lo hace sin un desfallecimiento ni un parpadeo. Las veces que haga falta. El compromiso que habría que adoptar ante ella en el ring, entonces, es el de que alguien, uno de los dos, tendría que quedar destruido sin remisión.

Y esto mismo sucede con el libro que tienes en las manos, querido lector desconocido. Que es un libro difícil de hundir. Uno con el que, también, será preciso llegar a equilibrios complejos. Y es que, verás, este no es un libro del que se pueda decir que es condescendiente, amable o superficial. No. Este libro no está recubierto de una dulce capa de azúcar o de chocolate. No es un libro que incumpla sus promesas. Tampoco es un libro que uno pueda terminar y decir “sí, bueno, está bien, interesante”. No. Seamos claros. Este es un libro duro, revestido de acero. Es un libro de hígados, riñones, cuajarones, espantosas soledades. Sufrimiento. No es un libro hecho para contentar a nadie ni para darle un consuelo momentáneo. No es un libro de “ayuda”. No es un libro sencillo. Lo empezarás y sufrirás. Querrás dejarlo, pero no podrás porque comprenderás que sería una tremenda deslealtad. A su autora y a todas las que, como ella, sufren de esta enfermedad. A lo largo de sus páginas te espantarás. Lo harás porque la sinceridad desprovista de ningún tipo de artificio que lo puebla hará que quieras irte lejos de él. Pero, ya te lo he dicho, no podrás. Porque, como decía el filósofo, sucede que cuando uno mira dentro de un abismo el abismo está mirando también dentro de uno. Se apoderará de ti. Necesitarás llegar al final. Él te lo impondrá. Serás retorcido, estrangulado, azotado.

¿No hay esperanza en este libro?, diréis. Sí la hay. Y eso es lo peor. Porque la lucha es desigual. Porque el enemigo, esa nada salvaje, no tiene alma. Pero sí estructura de monstruo. Y sigamos siendo claros: Este libro no está escrito para ayudar a nadie. Te ayudará, sí, pero lo hará al final. Cuando hayas comprendido que tú no podrás destruirlo a él y, por lo tanto, te destruya a ti. Lo hará cuando te haya enfrentado a todos los miedos y a todos los dolores. Ya lo hemos dicho, este libro va de abismos y nada más.

Te hará llorar también. Llorarás. Lo harás, pero a cambio podrás ver el delicioso arcoíris que se forma cuando sonríes a través de tus lágrimas cada vez que Alicia baja a la playa. Como siempre.

Siempre contigo, amiga.